

La campaña electoral de Estados Unidos va, ahora, más allá de los límites del país: abarca las fronteras lejanas del Imperio. Viajero ahora por Europa, por Oriente Medio —Israel, Egipto—, el senador Muskie está preparando, con casi dos años de tiempo, la posibilidad de ser presidente de los Estados Unidos. Es lo que se llama en su país el «front runner», el hombre a la cabeza del pelotón de aspirantes del partido demócrata: va dejando atrás al distinguido, arriesgado joven heredero Edward Kennedy, al astuto y discreto Hughes, al desfalleciente Humphrey. Este «marathon» de los senadores todavía es largo. Faltan las exploraciones en los distintos estados, las maquinaciones del partido, el desarrollo de los acontecimientos, las elecciones primarias, la convención del partido que designará al candidato oficial y, finalmente, las elecciones presidenciales frente al poder, frente a un Nixon que no tiene ningún ánimo de retirarse como lo hizo Johnson. Las elecciones frente al poder son difíciles. Pero hay precedentes: Hoover las perdió siendo, ¿por qué no Nixon? Los augures dicen que si en estos momentos alguien podría conseguirlo, ese sería Muskie (1).

EL CARISMA

Muskie —Edmund Sixtus Muskie, senador del Maine— recibió, misteriosamente, su gran impulso en las elecciones presidenciales de 1968. Humphrey le nombró aspirante a vicepresidente en su candidatura, lo sacó de un casi anonimato —para la gran masa— y, en ese momento, pareció recibir el fuego invisible del carisma. Las gentes se sintieron atraídas por él, y se llegó a suponer que si la candidatura hubiese estado invertida —Muskie para presidente, Humphrey para vicepresidente— hubiese vencido la candidatura demócrata. En realidad, el carisma procedía de que en medio de una campaña electoral aburrida, con botaratas sin gracia, tras convenciones dramáticas, en un ambiente de desmayo y de desinterés después de la desaparición de candidatos innovadores —Robert Kennedy asesinado, McCarthy destruido por la maquinaria del partido—, Muskie parecía el único sensato, serio, estudioso y respetuoso de los hombres en liza. Hubo también una favorable contraposición de las dos figuras propuestas para la vicepresidencia: frente a Agnew, el «ultra» elegido por Nixon —para dar un peso conservador a su candidatura, que se consideraba liberal—, Muskie representaba un papel parecido al que años atrás había representado Johnson frente a Goldwater.

La carrera de Edmund Sixtus Muskie parece la ilustración de las teorías modernas de la psicología o de la historia del «desafío»: aquel que por algunas razones se encuentra en una manifiesta situación de inferioridad, si consigue superar el «desafío» se pone por encima de los que han partido de una situación de privilegio. Hijo de un estrechillo polaco, católico en un estado de protestantes —Maine, en la puritana Nueva Inglaterra—, demócrata en una zona tradicionalmente dominada por los republicanos, fue venciendo todas las vallas en su carrera, a partir de una licenciatura de Derecho en la Universidad de Cornell, en 1939. Su candidatura a la Cámara de Representantes

MUSKIE: "OPERACION CASA BLANCA"

fue una causa perdida: el partido demócrata nombraba siempre a aquellos a quienes podía o quería sacrificar, puesto que tradicionalmente ganaban siempre los candidatos republicanos. Muskie rompió la tradición por primera vez: fue elegido —1946—, fue después gobernador —1954— y, por fin, senador —1958—. El americano medio no sabía nada de él en 1968 cuando fue

aspirante a la vicepresidencia y, desde ese momento, su carrera ha sido fulgurante. Los sabios de Washington apuestan por él.

A DOS AÑOS VISTA

La «Operación Casa Blanca», o la fabricación de un presidente, ha sido puesta ya en marcha. Ya tiene una

Muskie, el hombre nuevo de los demócratas, está llevando su campaña para la presidencia a escala planetaria: en las fotografías, con el jefe del comité ejecutivo de la ciudad de Moscú, V. Promylov, y con David Ben Gurion, en un «kibbutz» del desierto de Negev.



oficina para la campaña electoral con unas cuarenta personas trabajando, que irán aumentando a medida que la lucha se haga ruda. La última adquisición es Tony Lake, un diplomático joven que abandonó el servicio en el momento de la invasión de Camboya, en señal de protesta. Ya se recaudan fondos entre los admiradores de Muskie —que son muchos y ricos—. Esta campaña empieza realmente en las elecciones legislativas de 1970, cuando Muskie se vio convertido en portavoz de un grupo de jóvenes demócratas que veían despenarse su partido. El uso que hizo Muskie de la televisión fue admirable, como lo fue en los actos públicos. Duro con la oposición, implacable acusador del poder del partido republicano, se hizo, en cambio, permeable para los jóvenes «contestatarios» de fuera del sistema: les ofrecía su propio micrófono, parecía respetar sus opiniones, discutir con ellos... Y, finalmente, esas controversias que en otros políticos acaban en disturbios —los más pacíficos, la utilización de tomates y huevos por parte de los contestatarios contra la imperturbable cabeza del orador— acababan, con Muskie, en amigables conversaciones, en respeto mutuo. Pareció que por primera vez, desde hacía muchos años, se respiraba un aire de democracia. Y Muskie fue reelegido senador por el Maine, con el 65 por 100 de los votos —cifra excelente en unas elecciones muy reñidas—, y produjo considerables ventajas en otros estados para su partido. Dicen los observadores que esta imagen de Muskie no era prefabricada, sino espontánea, propia de su carácter provincial, del carácter inglés del Maine, de la seriedad y austeridad de palabras del Norte —holado— del país, de una zona elegante y con un alto nivel intelectual. Sobre esta imagen está trabajando ahora su oficina, que se ha marcado ya un objetivo inmediato: que consiga un puesto en el comité de relaciones exteriores del Senado no solamente poderoso, sino un excelente altavoz para dar sensatas opiniones. El viaje que acaba de realizar Muskie por algunos escenarios del mundo obedece a ello y a aumentar su brillo en las páginas de los periódicos de Estados Unidos.

Algo le reprochan sus colegas del partido: su falta de definición clara en algunos temas primordiales. Mientras Fullbright o Kennedy se han pronunciado clara y abiertamente sobre el tema del Vietnam, Muskie ha sido más bien silencioso y moderado. Dicen que sus opositores dentro del partido quieren llevarle a ese terreno donde la opinión norteamericana parece polarizada en torno a lo blanco o lo negro. Quizá se equivoquen. Quizá lo gris de Muskie parezca abrir nuevas vías. Por el momento, sus grandes temas son la contaminación, los problemas urbanos, la ordenación de la industria. Son los temas fáciles con los que lograr unanimidad. Poco a poco tendrá que meterse en terrenos más duros. Su camino es largo. Por el momento, lo recorre con paso de «gentleman», inclinándose ligeramente su alta estatura ante los micrófonos y las cámaras, abriendo una breve sonrisa —de confianza, pero también marcada por la preocupación típica de estos tiempos— en un rostro como tallado en madera. Mientras, tras él, los computadores, las encuestas, los «tests», las alianzas de su equipo van preparando el trabajo invisible de la conquista de la Casa Blanca. ■ JUAN ALDEBARAN.

(1) Véase TRIUNFO, número 442: «USA: Habla Muskie, el hombre nuevo de los demócratas», por Louis Wizenitzer.